

LA MUERTA

Mónica Gómez

Intentan hacerme creer que estoy muerta
mi padre
mi amor
y mi hermano
con actitudes tan convincentes que hasta a veces me han hecho dudar si me reflejo en los espejos, si no soy tan transparente como el aire, si mi voz es verdaderamente una voz y no el murmullo de las hojas que arrastra el viento, o si no se hunde mi cama con el peso de mi propio cuerpo.

Y tan implacable ha sido el trato de muerta que se me ha otorgado, que creo ha confundido a aquellos que me creían viva, por lo que he debido ver con amargura como también ellos ignoran mi existencia, ningunean mis poemas, y me relegan a un rincón, el más sombrío de la gran casona.

Lo que creo ha profundizado el equívoco de que estoy muerta de

mi padre
mi amor
y mi hermano

es (hasta hace un tiempo) mi total docilidad ante sus juicios, mi ningún deseo de contrariar tan caprichosa opinión y el completo acatamiento ante su indiferencia. A tal extremo, que en años pasados, mi credulidad hizo que construyese mi propia lápida de mármol blanco e impecable estilo y con mi nombre grabado en letras góticas, la que coloqué en mi jardín entre hiedra húmeda y bugambilias y durante años observé arrobada el hermoso juego de las flores rojas cayendo en racimos sobre mi fría tumba, visitándome a veces a mí misma y lamentando la ausencia de mi propia vida. O cuando más tarde, aceptando muy seriamente la dignidad de mi posición de muerta, respetándola en forma absoluta, decidí no emitir ya juicio alguno, ante el peligro inminente de caer en contradicción de vida, y ser severamente sancionada por

mi padre
mi amor
mi hermano

quienes no permitirían tamaña rebeldía, merecedora quizás de más de un castigo eterno.

Ahora la verdad, es que yo sé que no estoy muerta a pesar de lo que dice

mi padre
mi amor



y mi hermano

sólo sucede que soy mujer

y éso ha hecho que se me descalifique desde mis comienzos, desde el momento mismo de mi nacimiento, cuando frustrando la obligada naturaleza de mi padre no prolongué el apellido de sus ancestros. O luego, cuando más tarde resignadamente y en silencio, acepté sumisa la aguja con hilo rojo que me entregó mi madre el día mismo de la menstruación, para que con puntada fina y costura francesa, cosiera cuidadosamente mis lugares púdicos considerados también como pecadores. O cuando ya adulta y para no ofender la voluntad de los hombres, dije sí cuando mi instinto me suplicaba dijera que no.

Lo que pasa parece ser, es que sin darme cuenta he seguido la rutina de muerta ante el acecho tremendo de la violación (condición inherente a mi identidad de mujer) prefiriendo así, con actitud sabia, negar mi alma, negar mi cuerpo, exponerlo al mundo y a sus acechos.

Más pareciera ser que desde hace un tiempo, mi docilidad de muerta no es total, según opinión de mi padre mi amor y mi hermano

quienes preocupados ven que, lo quiera yo o no, no puedo evitar hacer cosas humanas las que han llegado a inquietarlos seriamente hasta hacerlos sospechar que poseo cierta condición de vida. Que se manifiesta como juntar los pedazos dispersos de mi alma y mi cuerpo dados tontamente miles de veces, rescatar el tesoro de mi existencia, elegir mi propio destino, y compartir la exclusividad de los hombres de ser amigos de Dios, convenciendo al Poderoso (con rezos muy personales) de mi total existencia, aunque por ahí me quede la duda si su gran disposición no surgió de un consejo materno que por el cielo escuchó.

Ultimamente, para ser exacta hace pocos meses, ha surgido en mí un raro rasgo que al parecer descalifica totalmente el calificativo de muerta que me habían otorgado mi padre mi amor y mi hermano

y que se traduce en un estado, parecido al éxtasis o al ensoñamiento (raro sentido afirman las brujas, llamado por algunos imaginación) el que por senderos ocultos me lleva, más allá del tiempo, la distancia y el olvido y que hace que sienta, vea, goce, vuele, me transporte a tierras lejanas, o vuelva en un instante de lugares más lejos que el más allá y que hace que escriba cosas como canciones, como cuentos, como poemas, como éste que surge incontenible. . .

lo quiera o no lo quiera yo. . . y que dice:

únicamente
exclusivamente
puramente
de ostras

que mi paladar es un gigantesco nicho blanco
y mi lengua un forro de terciopelo rojo
suelo soñar que soy una india joven
que tapa su desnudez con una capa blanca
que se desnuda entre los helechos
y hace el amor a todo instante

sobre el musgo húmedo
de la selva ardiente
suelo soñar a veces que vuelo muy alto
que me pierdo y encuentro entre nubes y rayos

que me arrastran las tempestades
que se destrozan mis brazos
al transformarse en alas
y que se atrofian mis manos de tanto atrapar el viento

suelo soñar a veces que estoy despierta
y que miro los sueños a mi alrededor
y que cada sueño no es más que un sueño
con un personaje que no soy yo
sino una gigantesca mujer alada
suelo soñar a veces que no estoy muerta
y que la muerte no es más que un sueño
un sueño corto que al despertar
me sume entera en la aventura
en la verdad que la realidad
no es otra cosa que la gran presencia
de esa cosa extraña
negada a veces
llamada vida. . .
felicidad

Por estas imaginaciones, por el amor tan deliciosamente gustado, por mi maternidad varias veces probada y por otras cosas que el pudor me impide contar, juro que no estoy muerta, que existo y que soy, a pesar del juicio degradante que durante mi vida han hecho de mi mi padre mi amor y mi hermano. 🌐



Novedades

LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

John Haugeland

EN LA REVOLUCIÓN 1910-1917

Juan Felipe Leal y José Villaseñor

LA CLASE OBRERA, HOY

Jean Lojkin

**DESIGUALDAD, PODER Y CAMBIO
SOCIAL EN MONTERREY**

Menno Vellinga

**NICARAGUA ANTE LA CORTE
INTERNACIONAL DE JUSTICIA DE**

LA HAYA

Marian-Laudy